

# EL AMOR A MARÍA, CALOR DE VIDA EN LA POESÍA DE BERCEO

## "Introducción a los Milagros de Nuestra Señora"

En Gonzalo de Berceo, el monje poeta de los albores de nuestra lengua, el amor a nuestra Señora de plenitud a su inspiración, préstale alas y alientos a su poesía, aligerándola del peso de la palabra niña para remontarse a las alturas de un estremecido lirismo.

En alas de esta sentida devoción entra el paisaje en nuestra poesía con una delicadeza inefable en sus mismos balbuceos. Piensa a la Virgen como un prado y al calor de su visión interna, nos pinta un delicado cuadro de un campo en plenitud de flor y de frutos, donde no es sólo el sentido plástico, sino las sensaciones mismas táctiles, acústicas y olfativas que nos hacen percibir su total belleza.

Se finge cansado peregrino que llega a un prado, primor de flores y verdor:

"Yo maestro Gonzalvo de Berceo nomnado  
Iendo en romería caeci en un prado  
Vende e bien sencido (adornado), de flores bien poblado,  
Logar cobdiciaduro pora omne cansado".

Le rodean los multicolores matices de las flores y le envuelven en el suavísimo cendal de sus aromas:

"Daban olor sobeio (mucho, sobrado) las flores bien olientes";

a este dulce contacto el hombre se deshace del cansancio del viaje, su rostro recobra la perdida frescura, y el corazón y la mente sosegadas se aquietan:

"Refrescaban en omne las caras e las mientes".

A esta frescura se suma la cantarina de las fuentes, que de la dureza de las peñas se desflecan ágiles y cristalinas:

"Manaban cada canto fuentes claras corrientes"

Frescura intacta en la movilidad del tiempo; entre la risa de la florida primavera y la melancolía del dorado otoño correrán las fuentes en su invariable frescor; la canícula del estío las hallará "bien frías"; el viento gélido del invierno las encontrará "calientes":

"En verano bien frías, en yvierno calientes".

La mirada ahonda a lo ancho y profundo del prado y doquiera tropieza con el verdor de las arboledas: verdes vivos, llameantes de rojo, de los granados; verdes oscuros y serios de las higueras; verde de los perales y manzanas; verdes tiernos, amarillentos y rojizos de los frutos; fragancia, sabor presentido, fruición adivinada:

"Avie hy grant abondo de buenas arboledas,  
Milgranos y figueras, peros e manzanedas,

Mas non avie ningunas podridos nin acedos".

Las pupilas cansadas en el verdor del prado hallaron su reposo; la fragancia de las flores y las sombras frescas de las arboledas prestan al hombre soleado y doliente el buscado descanso. Con el perfume solo de las flores y frutos—gaje de su esperanza—podría vivir el hombre:

"La verdura del prado, la olor de las flores,  
La sombra de los arbores de temprados sabores  
Refrescáronme todo, . . . . .  
Podría vivir el omne con aquellos olores.

*A las sensaciones visuales, táctiles y olfativas se suman las acústicas: los cantos dulce y modulados de las aves:*

"Odió sonos de aves dulces y modulados:  
Nunqua udieron omnes organos mas temprados,  
Nin que formar pudiesen sonos mas acordados".  
.  
.  
.  
"Non serie organista nin serie violero,  
Non giga nin salterio, nin manoderotero,  
Nin instrument nin legua, nin tan claro vocero,  
Cuyo canto valiese con esto un dinero".

*El paisaje ha entrado en toda su plenitud artística en el alma del Maestro Berceo por la puerta de todos sus sentidos; pero no ha entrado de por sí, ha venido al llamado de una evocación interior; quizás suscitó su memoria un prado visto anteriormente, quizás fuera solo una total creación de su fantasía; mas siempre teniendo ante sus pupilas extáticas y estremecidas la imagen primorosa y casta de la sin par Señora.*

*En los versos siguientes el Maestro Berceo nos explicará su alegoría, aplicándola parte por parte a la Santa Virgen; pero en estas explicaciones se diluye la poesía, entra un tono de escuela atraillado a la prosa, sin alas ni calor.*

*La visión de la Virgen le evoca un prado y en esta evocación, cuando es directa, primaria, sin explicaciones, palpita una honda poesta ingenua y balbuciente, pero fresca, encantadora y cordial; su lirismo alza un vuelo sosegado de paloma torcaz que se anida entre las arboledas de manzanos, higueras, perales y granados en flor.*

## II

### "EL DUELO DE LA VIRGEN"

*En "El Duelo de la Virgen" no es la casta belleza de nuestra Madre que le crea alma adentro la visión de un prado encantador, llegándola a percibir por todos sus sentidos, abiertos en admiración; es todo el dramatismo del dolor de Nuestra Señora que le sacude como un viento urente, y, bajo su soplo ardido, trueca su propia voz de poeta en la desgarrada de la Virgen Madre, transfiere su emoción dolida al pecho lacerado de la celestial Señora. La cuaderna vía es como una lira de bronce de cuatro cuerdas graves y solemnes, que tensas por la emoción, dan notas de un sentimiento tan vivo, de un tono tan doliente y amoroso, totalmente imprevistos e inefables en la pétrea y todavía inflexible poesta de nuestra lengua niña.*

*Las palabras están grávidas de dolor y angustia; las mismas repeticiones, contraposiciones y antítesis las hacen más agudas y lacerantes.*

"Ai Fiio querido, sennor de los sonnores!  
Io ando dolorida, tu padés los dolores;

.....  
Tu sufres el lacerio, io los malos sabores".

*La cuaderna vía se afina en una queja suave, maternal, que encuentra para el amor de su Hijo esa expresión tan sugerente y bella: "de piedat granada"; con El se duele de soledad y a El pide, como única recompensa, que se la lleve con El:*

"Fiio el mi querido de piedat granada,  
Por qué es la tu Madre de ti desamparada?  
Si lavarme quisieses sería muy pagada"

Esta súplica insistente de que se la lleve consigo, esta dolida queja de su soledad, se repite muchas veces, con tonos y matices siempre nuevos, impregnados de sentimientos delicados y suavísimos: Ella, Le dice, querría morir contigo; mírame, Señor y Padre, mírame como estoy, en desolación, el Hijo no debe rehusar el ruego de su Madre:

**"Fijo cerca de ti quería lo finar,  
Non quería el siglo sin mi Fijo tornar:  
Fijo Sennor e Padre, denna a mi catar;  
Fijo ruego de Madre nol debe rehusar".**

Vienen ahora esos tres delicadísimos versos donde la Madre de dolor traspasada, recuerda las excelencias y bondades de su Hijo en una súplica colmada del recuerdo de la felicidad huída: En Ti hallé toda dulzura y sosiego; Tú fuiste para mí cansancio y mi fatiga como la sombra fresca y confortante en medio del camino desolado. Frescura y sosiego, fortaleza y paz he hallado en Ti; en tu amor he morado como en la excelcitud del templo, tu sabiduría me ha guiado de la mano y he colmado mi sed en la fuente inagotable de tu piedad, y ahora me abandonas y dejas en la desolación y el escarnio!

**"Fijo dulz e sombroso, templo de caridad,  
Archa de sapiencia, fuente de piedad,  
Non desses a tu Madre en tal sociedad"**

La estrofa siguiente es un reclamo a su sabidurías "de las cosas eres bien sabidor", "Tú eres de los pleitos sabio avenidor", para insistir en su súplica—reclamo de paloma herida—: "Non desses a tu Madre en esti tal pudor".

El llanto crece, el lamento se transe en el recuerdo de la pasada vida de unión de Madre e Hijo, de la afectuosa convivencia, de la total dedición del amor: Nuestra vida no fué sino una, en la estrecha unión del amor total, no tuvimos sino un solo pensamiento, el disgusto jamás empañó nuestro cariño, y ahora, Hijo mío, te olvidas de mí!

**"Fijo siempre oviemos io e tu una vida,  
lo a ti quissi mucho, e fui de ti querida:  
lo siempre te crey, e fui de ti creyda,  
La de tu piedad larga ahora me obblida".**

En las estrofas siguientes la insistencia se hace obsesionante: No me olvides, llévame contigo, es muy poco lo que te pido, perdóname que te lo pida, pero es mucho para una madre este poco que te pido, no caiga en olvido mi petición. Esta insistencia doliente, donde las palabras, henchidas de sentimiento y dolor, nos acosan, nos hieren, se nos meten hasta lo más hondo como dardos finos, sólo la he encontrado en una poesía moderna del poeta francés Charles Peguy, sobre la Pasión, donde la repetición constante, obsesionante, en tonos cada vez crecientes de la frase "Elle pleurait" nos oprime el alma contra un muro de dolor, nos la exprime y nos hace sentir la infinita amargura de ese tremendo día. En Berceo también esa repetición es la repetición de los sollozos; la misma idea se desarrolla transverberada de dolor, grávida de amargura, y sus variaciones cobran la penetración, la plenitud y el vigor de las variaciones de un "Leiv motiv" sinfónico.

El duelo de la Virgen continúa; el poema todo da la impresión de un sollozo continuo, desamparado, incoercible; es todo el amor materno como racimo exprimido en el lagar de la desolación; oliva prensada en la almazara del dolor que dió su aceite más fino para unguir las llagas sangrantes de su Hijo.

Gonzalo de Berceo, poeta excelso, que supo hacer vibrar con notas inefables el instrumento rudo de la cuaderna vía, haciéndola producir, al impetu de su fuego interior, ya notas blandas y sedeñas en loor de la Virgen gozosa; ya notas estremecidas de amor, ardidadas en desolación al fuego urente de la soledad de María. Lira de bronce que supo hallar en sus sonos todavía rudos, el trino de la alondra—pequeña cruz en vuelo que canta el gozo de la primavera—, y el tono preciso y traspasado de la congoja maternal.

Luis E. HENRIQUEZ.